

especial

# La agricultura chilena: 40 años de transformación y desafíos



ESTEBAN VALENZUELA,  
Ministro de Agricultura

**S**i bien “veinte años no es nada” en el tango de Alfredo Le Pera, en la agricultura chilena cuarenta años han significado una reestructuración profunda del modelo agrario nacio-

nal.

Claro que esta transformación no partió de cero. Sus cimientos se remontan a los años 60 y 70, con la reforma agraria y la creación de IN-DAP, que marcaron el inicio de una nueva etapa para el mundo rural, sentando las bases de una agricultura más diversa y técnica.

A mediados de los años 80, nuestra agricultura —salvo excepciones— seguía siendo fundamentalmente tradicional. Sin embargo, en esa década comenzaron a registrarse cambios que, con el tiempo, moldearon el paisaje agrario que conocemos hoy.

Ese proceso dio paso a una creciente especialización territorial, a cultivos más rentables, a una profesionalización del sector, al ingreso de capitales, a nuevas especies y tecnologías, y a una adaptación progresiva a las exigencias del merca-



do: trazabilidad, estándares laborales y sostenibilidad ambiental.

Pero la apertura internacional también ha tenido costos. Diversos rubros han debido competir con productos de economías agrícolas altamente subsidiadas, lo que nos lleva a reflexionar: ¿qué tipo de agricultu-

ra queremos para los próximos cuarenta años?

Nuestra agricultura —sus cultores, sus territorios, sus saberes— representa mucho más que alimentos: es identidad, cultura, biodiversidad y paisaje.

Los desafíos son grandes. He rea-

firmado el enorme valor de quienes hacen agricultura en Chile: su esfuerzo, creatividad y la visión de los gremios. Aún contamos con condiciones que nos hacen fuertes a nivel internacional; es hora de poner esas fortalezas al servicio del desarrollo interno, para garantizar alimentos de calidad, en condiciones de equidad y acceso.

Hemos avanzado en una Estrategia Nacional de Soberanía para la Seguridad Alimentaria, que este mayo cumple dos años. Esperamos que sea reforzada y se traduzca en una política agraria de largo plazo, construida sobre un amplio acuerdo público-privado, que focalice recursos y asegure que todos los sectores y territorios gocen de los beneficios de vivir y trabajar en el campo.

Que estos cuarenta años iluminen el camino hacia un Chile más descentralizado, con autoridades locales empoderadas y un país que reconoce y valora a sus agricultores. Porque un país sin agricultura, simplemente, no existe. Y porque los avances tecnológicos —automatización, IA, sensores, genómica— nos interpellan a dar el salto hacia una agricultura 5.0: más eficiente, sustentable y justa.